

RESEÑA

JOSÉ MARÍA CARDESÍN DÍAZ (DIR.),

*REVUELTA POPULAR Y VIOLENCIA COLECTIVA EN LA
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA,*

Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2024, 346 págs.
ISBN: 978-84-259-2033-2

POR

JONATHAN JACOBO BAR SHUALI
Universidad Complutense de Madrid

Copyright: © 2025 CSIC. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

La “violencia colectiva” es un acontecimiento axial en las diferentes etapas históricas a nivel mundial, esta cuenta con la definición de un enemigo, un ente real o imaginario, en el que se pueden focalizar diversos colectivos (véase el caso del antisemitismo y la islamofobia hoy). Algunos investigadores comprenden este proceso como un tipo de “alivio psicológico” en el que las personas implicadas descargan “las tensiones en un chivo expiatorio” (págs. 14-15), aunque los autores del trabajo que reseñamos van más allá de estos conceptos.

Este es el tema y objeto central del monográfico publicado recientemente por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales bajo el título de *Revuelta popular y violencia colectiva en la Guerra de la Independencia* (2024). Bajo la dirección del catedrático José María Cardesín Díaz los investigadores que componen el grupo “VICES” (<https://vices.udc.es/>) exploran las diferentes dinámicas y vertientes de los discursos de odio colectivos y su materialización, inclusive sus consecuencias, en el contexto de la Guerra de Independencia española, además de su evolución en etapas posteriores: como lo son el Trienio Liberal y la Primera Guerra carlista (págs. 161-188) o su reflejo en la vecina Portugal (pág. 133). A lo largo de una introducción, cuatro espacios temáticos y catorce capítulos no dejará de ser objeto de atención un extenso aparato dedicado a la metodología, los estudios comparados, la digitalización de las fuentes y su cartografía, y una serie de planteamientos interesantísimos para un futuro proyecto de mayores dimensiones en palabras de su director.

En su conjunto, las contribuciones de los diferentes autores no se limitan a aportar nuevas pistas sobre los conflictos urbanos en la primera mitad del siglo XIX español, sino que incluyen un aparato visual de fácil comprensión y muy trabajado que el lector especializado podrá apreciar; véanse los diferentes planos que permiten dilucidar el origen aproximado de los individuos envueltos en las protestas de mayo y junio de 1808 (pág. 71), los espacios con mayor concentración de linchamientos (pág. 141) y una serie de figuras que permiten visualizar este fenómeno a escala nacional (págs. 243, 253-255, 257 y 264).

Los estudios de caso se ven complementados por el análisis más general que ofrece Cardesín Díaz en sus aportaciones *Introducción: Un proyecto de investigación sobre motines, y Sublevación popular y linchamiento “patriótico” en la Guerra de Independencia*. Se resume el contexto de los diferentes capítulos y se aclara que, en un país sometido a una grave crisis gubernamental, de algún modo debe de existir una coordinación entre la clase dirigente o allegada a esta (págs. 9-11). De hecho, algunos autores clásicos comprenden la rebelión como “una forma de violencia popular controlada en última instancia por las élites locales” (pág. 13). Pero Cardesín Díaz no considera que el citado fenómeno se reduzca a este plano. En primer lugar, el contexto de cada núcleo urbano y el tiempo que transcurre entre la llegada de noticias son un factor a tener en cuenta (pág. 237). Por otro lado, el tratamiento de las fuentes, que normalmente condicionadas por el relato de sus autores y sus intereses nacionalistas pueden dar lugar a una mala interpretación de estos sucesos y a una innecesaria generalización (pág. 240); ejemplo de ello es la definición del concepto de “afrancesado”, extendido entre los contemporáneos solo tras varios años de guerra (pág. 241).

Es preciso comprender las tipologías de motín y revuelta que se encontraban asentadas en la Europa de la Edad Moderna, variando desde la protesta de todo aquello relacionado con lo fiscal hasta la subsistencia. En su transmisión entre los colectivos implicados se podían materializar en la destrucción física de la persona y sus bienes materiales como representación del afectado, la deshumanización de su persona y el juicio de esta: véase la tradicional “fiesta del Judas” y la imagen tradicional del traidor (págs. 245-248). El grupo menos afectado por estas manifestaciones violentas en el contexto inmediato

a la guerra peninsular es el eclesiástico (pág. 243), y el que más el de los cargos públicos con representación del gobierno central: gobernadores, corregidores, alcaldes, militares, etc. (pág. 242). Además, estos motines se dan siempre en el territorio controlado por los patriotas y no en las zonas dominadas por el Ejército Imperial francés (pág. 242).

Una cuestión que cabe plantearse, y así lo hacen los diferentes autores en esta monografía, es si estos movimientos son aleatorios o por el contrario existe cierto grado de coordinación entre las diferentes localidades. A esta cuestión el equipo liderado por Cardesín Díaz responde “no nos parecen convincentes las explicaciones que invocan el pánico o la búsqueda de chivos expiatorios que permitan una catarsis colectiva” (pág. 258). Esta narrativa tradicional queda obsoleta: “si giramos nuestra atención de las motivaciones a las oportunidades, nos surge un horizonte de explicación alternativa: la crisis de la autoridad que conllevó el colapso de los sistemas de control social y de orden borbónico”, es decir, el cómo concluyeron algunos de estos levantamientos pudo ser fruto de un descontrol de los objetivos iniciales (pág. 259). Empero, es preciso subrayar que, a ojos de los investigadores, es muy difícil demostrar un “complot” a nivel nacional, bien coordinado y estructurado, pues las fuentes son limitadas. En todo caso sí afirman que sería improbable que un proyecto nacional y su guerra de independencia sean fruto de “movimientos locales autónomos, sobre todo teniendo en cuenta las coincidencias en los procedimientos y mensajes y el solapamiento de las cronologías” (pág. 270).

Entre las diferentes aportaciones destacan algunas conclusiones: la pérdida de poder de las élites, el fortalecimiento de un proyecto de ciudadanos armados (véase la milicia por ejemplo), la fijación y relación de lo extranjero con el “otro” (el enemigo) y el hecho de que si bien muchos de estos movimientos pueden perseguir objetivos políticos, pueden conllevar el desenfreno de trifulcas personales entre individuos que poco, o nada, tienen que ver con las acusaciones que se formulan sobre ellos. En esta línea destacan los estudios de Zozaya-Montes, en el caso lusitano, o el de Aquillué Domínguez en Aragón. También es importante el significado social que empuja a estos amotinados a levantarse en armas; por ejemplo el estatus que se adquiere al haber participado en estos movimientos o haber sido protagonista de los mismos, lo que trabaja Roca Vernet (págs. 161-188).

Para concluir, la obra dirigida por José María Cardesín Díaz se plantea el papel real de las víctimas y los agresores. Para ello se procede al análisis de las líneas temporales en las que se enmarcan los famosos “arrastres” y linchamientos, el contexto local del suceso y la clasificación de estos datos en recursos visuales, cartográficos y digitales. El trabajo en cuestión permite a los investigadores interesados en la materia acceder a un nuevo balance de cifras en lo referente a motines y alzamientos urbanos en el contexto de la Guerra de Independencia (pág. 238). Esta novedosa monografía aporta nuevas conclusiones que podrán ayudar a comprender mejor el aparato social a finales de la Edad Moderna e inicios de la Edad Contemporánea.